



José Martí

Semblanza de un genio

Por **Antonio M. Rodríguez**

(Tomada del Prólogo de José Martí - Páginas Escogidas - 1958 - Buenos Aires)

(SEGUNDA DE 8 PARTES)

¿Y María? "Nosotros, sus compañeros -sigue recordando Soto Hall-, vimos cómo languidecía a ojos vistas María García Granados. No fue nunca un bullicioso cascabel, pero sí una campanita de cristal sonora. Sabía muchas cosas y las refería con donaire... Ahora había cambiado por completo... La colegiala estaba callada y triste... Clerto día la compañera fina y frágil como un ala de mariposa, que hacía tiempo había venido adelgazándose como si un cincel invisible desgastara su figura estatuaria, faltó al colegio; y corrió el rumor de que se encontraba grave... Una mañana... recogimos flores para la compañera que no regresaría más".

**Dicen que murió de frío;
yo sé que murió de amor.**

recordará más tarde Martí. Y el recuerdo de María se le convertirá en una obsesión que canalizará en poema.

Por el momento le habría sido violento conlunar en el país. Y la ocasión de alejarse con gallardía se la da el mismo caudillo guatemalteco de esos días: el general Barrios.

Con la paz de Zanjón (10 de febrero de 1878), ha terminado en Cuba la Guerra de Diez Años.

Martí regresa por Honduras a La Habana.

Da clases privadas; le nace el hijo; trabaja como abogado, primero en el bufete de don Nicolás Azcárate, que también ha regresado a Cuba, y luego en el de don Miguel F. Viondi (donde comienza a tratar a Juan Gualberto Gómez); entra a formar parte del personal del Liceo de Guanabacoa; dice discursos incendiarios, conspira.

En setiembre de 1879 vuelve a salir deportado hacia España.

En Madrid se encuentra con Juan de Dios Peza, su amigo y compañero de México. Pasa largas horas en la Biblioteca del Ateneo leyendo, especialmente a Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián, Jovellanos.

Después de algunos días en París, se traslada a Nueva York, a donde llega el 3 de enero de 1880. Se hospeda en casa de los Mantilla Miyares (calle 29, N° 51).

Ejerce un empleo en una oficina; escribe en un inglés incorrecto y sabroso para *The Hour*, y en francés para *The Sun*.

Además, se incorpora desde el primer momento al Comité Revolucionario Cubano de Nueva York.

Se le une Carmen con el hijo, "el reyezuelo", con quien juega en las mañanas.

En 1881 pasa seis meses en Caracas. Su primera visita es al monumento a Bolívar. Después ya podrá entablar amistad con el grande y austero Cecilio Acosta, con Eloy Escobar y otros. Siente nostalgia del hijo. En Madrid se había

visto casi agredido por una madre al besar en un paseo público a un niño que le recordaba el suyo. Ahora vuelca en versos su emoción.

Da clases de oratoria a un grupo de muchachos que más tarde han de ser célebres (Gil Fortoul, César Zumeta, Picón Febres, Lisandro Alvarado...); publica dos números de la *Revista Venezolana*; hace de Cecilio Acosta, recién muerto, un elogio que es una bofetada indirecta a Guzmán Blanco; y, gracias al dinero que le presta Aristides Rojas, vuelve a Nueva York antes que sea demasiado tarde.

Desde allí envía a *La Opinión Nacional* de Caracas correspondencias firmadas con seudónimo; y se liga a venezolanos desterrados: Pérez Bonalde, Gutiérrez Coll, Bolet Peraza.

Hace más versos dedicados al hijo, Pérez Bonalde y Gutiérrez Coll lo animan a publicarlos, y así aparece *Ismaelillo* (1882), que Darío llamará "minúsculo devocionario lírico, un Arte de ser padre, lleno de gracias sentimentales y de juegos poéticos" y que Pedro Henríquez Ureña señalaba como primer paso dado en América en la historia de la renovación modernista.

Ese mismo año acrecienta considerablemente y cierra sus *Versos libres* que había comenzado a escribir en 1878, pero que no se publicarán sino después de su muerte.

Todavía hay otro motivo para considerar trascendental en la vida de Martí ese año de 1882: cesan sus correspondencias para *La Opinión Nacional* de Caracas, pero en cambio comienza (13 de setiembre) su serie para *La Nación* de Buenos Aires, que difundirá su nombre en el Sur.

Además escribe en *La América* neoyorkina, traduce para la casa Appleton algunas obras, y es designado vicecónsul del Uruguay.

Con todo lo cual ya puede permitirse el lujo de alquilar en Brooklyn una casita decente, donde vuelven a reunirse Carmen y su hijo, y a donde llega también un día don Mariano (1883).

Y prosigue -en el periódico y en la tribuna- su labor por la libertad de Cuba. Porque:

"¡Señores, el que tenga patria, que la honre; y el que no, que la conquiste!"

Sin embargo, él sabe esperar. Cree que, en vez de precipitarse, la consigna debe ser por ahora la de unirse.

Liberal romántico, y antileaudillista, no ha querido vivir en Cuba por no estar de acuerdo con el colonaje; y sale de México por no humillarse ante Porfirio Díaz; de Guatemala, por discrepancias con el general Barrios; y de Venezuela, por no sumarse a los incensadores de Guzmán Blanco.

Ahora (20 de octubre de 1884) se distancia del general Máximo Gómez porque no quiere "cambiar el despotismo político actual en Cuba por el despotismo personal, mil veces peor".

Y como hay quienes no comprenden o no

quieren comprender su proceder, el 23 de junio de 1885 hace publicar en *El Avisador Cubano* de Nueva York el anuncio de que el jueves 25, a las 7:30, estará en Clarendon Hall, listo para responder a los cargos que quieran hacerle sus concludadanos. Una ovación vota con claridad a favor suyo.

Muere en La Habana don Mariano, su padre (1887); y la madre, doña Leonor, va a pasar junto al hijo algunos meses.

Entra a colaborar en *El Economista Americano* de Nueva York; y sigue traduciendo.

Es nombrado cónsul del Uruguay (abril de 1887), como más tarde lo será de Argentina (junio de 1890) y del Paraguay (julio de 1890).

Pero su ocupación dominante sigue siendo, sobre todo desde 1887, la patriótica.

Atiende en Front Street, 120.

Una de sus predilecciones son los niños.

A veces sale en compañía de los Mantilla o los Carrillo y les habla en el lenguaje del que se achica para ser entendido por los niños. Desde luego, tiene el arte de saber interesarlos con cuentos.

Gracias a un brasileño, A D'Acosta Gomes, funda (1889) una revista destinada a la gente menuda, *La Edad de Oro*, que Hernández-Catá ha llamado "prodigio de pedagogía simpática".

Para escribirla, dice Gutiérrez Najera, "ha dejado de ser ríido y se ha hecho lago, terso, transparente, límpido: se ha hecho niño".

Pero *La Edad de Oro* no alcanza sino a cuatro números (julio-octubre).

A fines de 1889, la Sociedad Literaria Hispanoamericana, que acaba de fundarse en Nueva York y que preside el colombiano Santiago Pérez Triana, designa a Martí para que hable en su nombre en la velada que celebra en honor de los delegados a la primera Conferencia de las Naciones Americanas.

Sigue escribiendo versos, pero sobre todo versos sencillos. *Los Versos sencillos*, precisamente.

Miembros de La Liga, sociedad protectora de la instrucción de la gente de color, y profesor de español en la Escuela Central Superior de Nueva York, trataba en sus clases de lo que los alumnos le pedían; y alguien decía de él:

"Dan ganas de cometer faltas adrede, por el sólo gusto de oírse las corregir".

(Continuará)